

Memorias de un normalista pampeano

Juan Ricardo NERVI*

* (1921-2004)

Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Maestro Normal Nacional. Docente en la Universidad Pedagógica de México, y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Escritor, periodista, Investigador. Profesor Emérito de la UNLPam. Secretario Académico de la UNLPam. Titular de la Cátedra Pedagogía Universitaria. Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas.



“Huellas del amanecer”, óleo
Lita Beanatte

Memorias de un normalista pampeano. XIX - Mi hermano, el “traga”

No me daban resuello. A cada instante aparecía la sombra de mi hermano mayor, un par de años más avanzado que yo en la carrera. Cuando “pifiaba”, como en el billar, el profesor me clavaba un verduguillo de ironía o de reproche en el testuz:

— ¡Y usted es hermano de...? ¡Parece mentira!-, o sino:

— ¡Dedíquese menos al fútbol y más al estudio! ¡Imite a su hermano!

Cómo imitarlo? Los que tienen o han tenido un hermano “traga”, prestigiado por su constancia, sabrán lo duro que resulta resistir tantos embates.

Desde que hube ingresado en la Normal, el “ritornello” se parecía al “moto perpetuo” de Paganini. “¡Y usted es hermano de...?”

Claro que sí, admiraba y admiro a mi hermano. Pero yo era yo y él era él, por más perogrullesco que esto sea. Al parecer, para algunos profesores, mis cromosomas debían llevar la misma dosis de contracción al estudio que llevaban los de él: para

eso éramos hermanos. La ley del atavismo genético debía obrar en mí como una inyección del mágico suero de la sabiduría.

Una mañana, el profesor de Historia –creo que era un segundo año– me espetó el clásico:

— ¡Así que no sabe...! ¿Por qué no se mira en el espejo que es su hermano?

Exploté. Hacía rato que llevaba “la mecha encendida”. En efecto, me gustaba el fútbol. Lo practicaba con el entusiasmo y la asiduidad propios de mis años. El profesor colmó la copa cuando agregó:

— ¡Menos fútbol y más estudio...! ¡Tome asiento...!

— ¿Qué me había preguntado?

Recuerdo vagamente que era algo referido a Juan, el Temerario a la Carta Magna o algo por el estilo. “¡Juan el Temeario a mi...!” Y temerario lo esperé al terminar “la hora”.

— ¡Señor... le dije. Yo soy yo y mi hermano es mi hermano. Yo (subrayaba el yo) juego al fútbol porque me da la gana, y sepa que no me gusta que me ponga en ridículo frente a la clase... ¡Sépalolo!

Aquel “¡Sépalol!” le supo como una descarga eléctrica. Todos mis voltios estaban allí, con el hartazgo y la exasperación del que no aguanta más. Di media vuelta y lo dejé con la respuesta en los labios.

Cuando recapacité era tarde. Mi insolencia fue como un “boomerang” que golpeó mis sienes porque a partir de entonces viví esperando las amonestaciones que nunca llegaron. La torpeza de mi exabrupto tuvo un doble efecto: por un lado, a través de reprimenda de mi hermano, tomé conciencia que, en efecto el estudio era lo primero. Por el otro: pienso que aquel, como otros profesores, sintieron que aquella comparación carecía de sentido y que no había porqué ridiculizar a un alumno por el sólo hecho de no ser como su hermano. Es posible que en las “reuniones de concepto” (ya hablaremos de ellas) se ventilase la cuestión. Es posible que algunos profesores no entendiesen la singularidad del yo en una edad en que toda confrontación con “el otro” resulta absurda. Es posible que las profesoras –sobre todo– intuyeran que a esa edad el deporte es una exigencia biológica como algo de sublimación freudiana. Y es posible que –en aquella recapacitación– prendiese en mí la idea de ser mejor alumno, tanto como para no hacer quedar del todo mal a mi hermano, el “traga”...

Memorias de un normalista pampeano. 29/4/80. La Pampa desconocida

Lo de siempre. Las cosas no cambian en sí y por sí. En la inexorable ley del cambio social, la transformación de lo cuantitativo en cualitativo es una exigencia de los hechos mismos. Inapelable. En la educación, como en otros aspectos de la vida cotidiana, lo importante es adentrarse en la realidad, no para interpretarla simplemente, sino para transformarla. Nosotros –futuros maestros– estábamos inmersos en la realidad y, puede decirse, con el viejo sentido de “cosidad”, éramos solamente una cosa dentro de ella. Teníamos conciencia de ello, y más de una vez nos planteábamos la razón de ser nuestra la misión. Por momentos, reaccionábamos alentados por el espíritu de viejos batalladores atrincherados en frentes comunes: el provincialismo, por ejemplo.

— Esos son nuestros temas, nuestros problemas... y a nosotros nos tocará enfrentarlos en su momento–, señalaba Victorio.

— Hay que estar preparados para defender la causa provincialista...–, sosteníamos.

Un libro en dos tomos de Orizaola Roldán, nos puso “al día” en la materia. Lo leímos con voraci-

dad. Pudimos formarnos una idea lo suficientemente clara como para plantear la cuestión en clases de Historia y Civismo, y además, proyectarla a lo geográfico.

— ¡Esas son cuestiones políticas...–, nos dijo un profesor.

— ¡Son cuestiones legales, de tipo jurídico, señor...! Como pampeanos, tenemos la obligación de saberlas para interpretarlas...–, refutó Victorio.

— Ya tendrán tiempo para hacerlo. Por ahora dedíquense a los temas específicos del programa ¿entendido?

El desaliento nos cercaba por los cuatro costados. Nos interesaba conocer mejor lo regional, primero, comprender lo nacional e internacional, después. Era bien cierto que una cultura amplia debía abarcar nociones universalistas. Pero, así como se nos aconsejaba el uso de la inducción para objetivar y precisar los fenómenos a partir de la realidad inmediata, así también conocíamos con mayor extensión y profundidad lo que pertenecía a tierras remotas y dominios distantes.

Más de una vez nos preguntamos por qué al estudiar las sierras pampeanas en su conjunto omitíamos a cinco collados de Lihué-Calel, o, al referirnos a hidrografía, conocíamos al dedillo todo lo concerniente al Nilo o al Misissippi... y no teníamos noticias del Atuel, el Chadileuvú o el Colorado...

Sí, queríamos trabajar para La Pampa. La amábamos –como ahora, en lo entrañable. Teníamos clara conciencia de lo que había costado ganarle al desierto aquellas tierras marginales declaradas “no aptas para el cultivo de cereales”. Intuíamos que la educación sola no bastaba para transformar la naturaleza, multiplicar los panes, fomentar y desarrollar la industria y el comercio. En alguna ocasión –siguiendo las huellas de Sarmiento, el Perito Moreno y Zubiuar–, se nos ocurrió iniciar una campaña “pro-arboestación” para festonear a La Pampa de eucaliptos, fijar los médanos volanderos (tal como lo hizo después uno de nuestros compañeros), y arraigar en los colonos la idea estético-utilitaria de una producción arbórea complementaria de la granja y los sembradíos.

Eran sueños, claro está. Pero era lindo soñarlos, dejar volar la imaginación como acaso lo hicieran los estadistas, a favor de un progreso sin limitaciones.

¡Qué pena que las clases afines a estos temas se refriesen por lo general a otros países, o a lo más, a otras provincias! Nosotros teníamos, sentíamos el imperativo concreto de saber, por ejemplo, por qué los pueblos cercanos de Anguil, Lonquimay, Alpachiri, Naicó, Quehué, Toay, Cachirulo, Cha-



“Cardos de mi pampa”, óleo
Lita Beanatte

charramendi, llevaban esos extraños nombres aborígenes. Queríamos, sencillamente, saber dónde estábamos, dónde pisábamos. Por el intelectualismo, el enciclopedismo de los planes elaborados por los especialistas de “la cúpula”, impedían que nuestros docentes se salieran del omnipotente programa.

Quince años después todo seguía igual, me consta. Los alumnos descubrieron a las sierras de Lihué-Calel, a la comarca de Leuvucó; ¡y hasta los cercanos médanos de Toay! Por la iniciativa extra clase de algunos profesores de nuestra arqueología, nuestra geografía y nuestra pequeña historia provinciana...

Hacer Patria (Un intermezzo con libros...)

Treinta y tantos años atrás, un maestro bisoño iniciaba su experiencia docente en una distante escuela de ubicación **muy desfavorable**, en el ex territorio de Misiones. Nadie, esto es, ninguna autoridad educacional, lo había asesorado. Nada sabía y nada conocía de aquel insólito paraje, salvo su nombre geográfico y el número del establecimiento. Una barraca de madera, montada sobre cuatro rollizos, constituía el edificio. Unos pocos bancos destartalados, un armario y una flamante prensa de copiar, además de una rústica mesa, era la dotación de muebles. La selva amenazaba con

devorar la casa destinada al maestro, que –a su arribo–, fue recibido por un solícito anciano con estas palabras:

— ¿Vocé é o novo “maístro”...? Y, a renglón seguido:

— ¿Vocé non fala brasileiro...?

Aquel fue el comienzo de una intensa Epopéya íntima. A poco andar comprobó que la colonia donde estaba instalada la escuela era una suerte de “micropais” dentro del país, y aún dentro de la misma tierra misionera. Más de un centenar de niños afluían a clase y otros tantos conformaban la creciente legión de los desertores escolares. Los grupos eran heterogéneos: los había de origen paraguayo, brasileño, alemán e incluso polaco. El denominador común era su miserable condición social, la pobreza. Los contrastes estaban dados por la diversificación idiomática. Se hablaba guaraní, portugués-brasileño, alguna forma dialectal del alemán, y, en menor grado, polaco. En aquella babel de lenguas, caracterizada por la rigidez expresiva y la dureza fonética de algunas palabras de pronunciación dificultosa,

el castellano ocupaba la retaguardia.

¿Por dónde empezar? En la Normal de la que había egresado, nada había aprendido acerca de escuelas rurales. La escuela unitaria suele convertirse en la antesala de frustración docente cuando el maestro no solo está frenado por sus limitaciones psicodidácticas, sino, además, cuando se carece del instrumento por excelencia para transformar lo negativo en positivo, esto es, **el libro de lectura**.

El maestro recurrió a colegas de colonias vecinas –Aristóbulo del Valle, Campo Grande, Tobuna–, cursó explicativas cartas a la Inspección Seccional de Posadas, escribió a editoriales porteñas, y obtuvo una aceptable cantidad de libros para la lectura inicial, entre otros destinados a lectura corriente. Pronto, sin embargo, debió recorrer rumbos inesperados e inéditos en las tácticas y estrategias pedagógicas minuciosamente planeadas en largas vigilias. Aquellos libros, acaso escritos por especialistas de renombre, pasada la alegre recepción de las primeras ojeadas y una vez satisfecha la curiosidad que siempre despiertan “las figuritas” bellamente impresas, eran relegados a un segundo plano y, de allí en más, pasaban a convertirse en un mero trasto escolar que iba y venía de la escuela a la casa y de la casa a la escuela sin que el niño lograra desentrañar, siquiera en parte, los enigmas de un vocabulario para ellos extraño, artificial, vacío de todo contenido afectivo o utilitario.

Así, pues, la tarea de leer –tenazmente tras-puestas las instancias de un lento y penoso aprendizaje., se fue convirtiendo en pesada rutina. A cada vocablo, con cada renglón, se hacía imprescindible una parrafada aclaratoria, un comentario explicativo, y palabras, palabras, palabras, en una irritante y aburrida catarata. La palabra por la palabra misma, en el eco fantástico de su propia resonancia. Allí donde se escribía escoba, agujero, silla, el alumno pensaba Basora, buraco y cadeira; si el maestro leía papá, luna o lagarto, mientras deletreaba mecánicamente, el niño pensaba “túa”, “yasi” o “teyu”. El bisoño maestro no había olvidado que la dudosa didáctica de la Escuela Normal, regida por el dogma de los grados formales herbartianos, aferrada a viejos preceptos intelectualistas, había desdeñado la cosmovisión afectiva de Decroly, y nada sabía –por insalvable omisión– de las investigaciones de Claparede, y, menos aún de Wallon, Piaget o Gessel; de una Escuela Normal que, al fin y al cabo, **hacía lo que podía** para cumplir con el lema de “Cada maestrillo con su librillo”, poblada como estaba de catedráticos abogados, farmacéuticos, médicos, ingenieros, arquitectos, u otro tipo de profesionales que predicaban y practicaban una suerte de anti-pedagogía a designio, esto es, donde no había pedagogos que enseñasen pedagogía ni psicólogos aptos para dictar asignatura tan indispensable como compleja. El joven maestro –repi-to– desnudó su perplejidad en una prolija carta al Inspector General de Escuelas de Territorios, casi una “requisitoria plañidera, en la que exponía obstáculos e impedimentos y solicitaba orientación, consejo, recaudos adecuados para sortear con éxito tanta adversidad. Lo primero que recibió como respuesta fue un llamado de atención por no haber seguido la inevitabile “vía jerárquica”. Lo segundo, un Visitador que, paradójicamente, registró su raudito paso por el puesto de Gendarmería y una proveeduría aledaña, anunció su visita para cuando volviese de las Cataratas... y no volvió a visitarlo jamás. Por último, una carta de la Inspección General –con anexo manuscrito por el secretario del Inspector– que aquel maestro guarda devotamente: “Usted –decía la carta– me pidió ser maestro para ejercer en cualquier parte. Ese es su lugar, el mejor lugar. Si es verdaderamente maestro y, sobre todo, maestro pampeano, encuentre usted mismo las respuestas a sus interrogantes. Si tiene que aprender guaraní, o portugués, o alemán, para enseñar después, ¡apréndalos, qué embromar...! Y si los libros de lectura no le sirven ¿qué espera para hacerlos usted mismo? Mi amigo, sepa que no se hace patria sin sacrificios. ¡Hágalos, pues...y déjese de macanas...!

El anexo a que se hace referencia, escrito de puño y letra por el secretario egresado de la Normal santarroseña, decía: “Estimado colega: El “viejo” rezongó lo suficiente como para recordarme que fui yo quien te propuse para el cargo que ahora tienes. ¡No desmayes! Por si te sirven, ahí van algunos libros y dos diccionarios: uno es de portugués-castellano, y el otro de alemán-castellano... El “viejo” me encomendó que los comprara y te los hiciese llegar. No conseguí el de guaraní. Un abrazo...y ¡suerte!

Los libros eran: “La Escuela Activa”, de Adolfo Ferrière, “Hacia la escuela del porvenir” de Angelo Patri, y “El lenguaje y el pensamiento en el niño”, de Piaget. Ninguno de ellos ha perdido actualidad. Los tres –sumados al consejo del viejo Inspector General– le permitieron al maestrillo encontrar el rumbo perdido, su “picada en la selva” y “abierta a machete limpio en la capuera”, como diría después, al adentrarse en el “heimat”, en el medio ambiente con sus profundas raíces telúricas, sus usos y costumbres, sus mitos y supersticiones, las insospechadas vertientes de su cultura popular, la solemnidad de sus ritos sagrados y profanos, la infinita capacidad de ternura de sus comunidades abiertas a la solidaridad y al esperanzado sueño de una sociedad menos injusta con los menesterosos. Todo eso, todo esto que pretende servir de justificación tardía para prematuros fracasos docentes, era el sustrato de la tierna intemperancia de aquel Inspector General de Escuelas de Territorios que le enseñó a un bisoño maestro a buscar por sí mismo las respuestas a sus interrogantes, que le envió libros fundamentales para que escogiese los mejores, que le sugirió –del brazo de Decroly y Ferrière– que elaborase él mismo sus libros de lectura; y que, por último, le recordó que “no se hace patria sin sacrificios...”

Por aquel entonces nos preguntábamos, inquietos y angustiados por nuestras carencias didácticas: ¿qué hacer? ¿qué hacer cuando no hay libros para rescatar de la ignorancia a tantos niños librados a su suerte? Lo seguimos preguntando todavía.

Y desde el tiempo y la distancia, como un eco guardado en los escuetos párrafos de los amarillentos papeles que hace treinta y tantos años recibiera un novato maestro rural, el vozarrón carraspeante del viejo Inspector General surge de ellos como una arenga: **“¿Qué no tiene libros...? ¿Qué espera para hacerlos usted mismo...? ¡Hágalos pues!**

Es que acaso otra voz tonante lo instara a la acción para que él, a su vez, la repitiera con la misma vehemencia ejecutiva: ¡Hágalos, pues...! **“Las cosas hay que hacerlas...mal, pero hacerlas...!** Pero hacerlas. Eso es: Hacerlas.